

PRESENTACIÓN DEL DOSSIER

“No Man’s Land / Sí Man’s Land”

Vladimir Guerrero & Felipe Saavedra & Mónica Torres Torija

(Universidad Autónoma de Chihuahua, México)¹

Teorizar acerca del norte de México tenía un espacio profundamente asentado dentro de la tradición clásica de la literatura nacional y resultaba inseparable de un momento histórico tan significativo como lo es la Revolución Mexicana. Es así, que cuando se hablaba del norte mexicano las ideas más rápidamente asimilables –con respecto a su literatura y a su cultura– eran el “realismo literario” (entiéndase Narrativa de la Revolución Mexicana) siempre destacando su importante carga de costumbrismo. A esta impuesta configuración del norte se sumaban las múltiples imágenes de la gesta revolucionaria junto a su violencia convulsa y representada ampliamente en la música popular mexicana con el reconocido corrido norteño, profundamente ligado en sus orígenes a los acontecimientos revolucionarios, a Pancho Villa y a su División del Norte.

1. Vladimir Guerrero: Doctor en Literatura, Pontificia Universidad Católica de Chile y Doctor en Filosofía (Ph.D.) Universidad de Leipzig, Alemania, 2018. Profesor de tiempo completo en la Universidad Autónoma de Chihuahua en las áreas de Teoría y Crítica literaria. Es miembro permanente del Consejo Directivo del CIAL (Centro de Investigación Ibero- Americana) de la Universidad de Leipzig, Alemania. Dirigido por el Dr. Alfonso de Toro. Es miembro del Grupo de Investigación: “Literatura y cultura en el norte de México” UACH y y del “Grupo Internacional de Investigación de la Violencia” Facultad de Humanidades de la Universidad de Playa Ancha, en Valparaíso, Chile.

Felipe Saavedra: Director de teatro, actor, dramaturgo y promotor cultural. Sus áreas de investigación apuntan a la dramaturgia contemporánea y teatralidad. Profesor de tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Chihuahua. Candidato a Doctor en Letras Modernas por la Universidad Iberoamericana, Santa Fe, CD de México. Ha publicado los libros: “La cena de los dramaturgos” en 2011 y “Máscara de Psique” en 2015. Es miembro del Grupo de Investigación: “Literatura y cultura en el norte de México” UACH y del “Grupo Internacional de Investigación de la Violencia” Facultad de Humanidades de la Universidad de Playa Ancha, en Valparaíso, Chile.

Mónica Torres Torija: Doctorado en Filosofía con acentuación en Estudios de la Cultura, en la Universidad Autónoma de Nuevo León, en la línea de investigación de la geopoética en la cartografía narrativa de Jesús Gardea. Ha realizado el Curso Superior de Filología Hispánica en Madrid (ICI-OFINES) y en Málaga (CSIC). Ha sido catedrática universitaria durante 26 años en la Licenciatura en Letras Españolas y en la Maestría en Humanidades en la Universidad Autónoma de Chihuahua. Su línea de investigación aborda el estudio de las cartografías narrativas de la literatura mexicana del norte de México. Es miembro del Grupo de Investigación: “Literatura y cultura en el norte de México” (UACH) y del “Grupo Internacional de Investigación de la Violencia” Facultad de Humanidades de la Universidad de Playa Ancha, en Valparaíso, Chile.

En la dos o tres últimas décadas y buscando otras formas –digamos nuevas formas- de leer el norte, la crítica literaria ha manejado e incluso asimilado conceptos como: “Literatura del desierto”, “Literatura de frontera” y más recientemente el de “Narcoliteratura/Narcocultura”. Este último binomio aparece ahora como una etiqueta casi imposible de evitar cuando se habla de literatura, de narrativa o de cultura del norte mexicano. Pero, tal vez lo más relevante es que todas las etiquetas anteriores potencian un problema de diferenciación con respecto a tres marcos culturales constantemente en debate: alto/bajo - centro/margen - local/global. Estas dicotomías –por más que se intenten soslayar- funcionan y obligan a repensar la constante referencia al norte de México como una experiencia aparte y exótica del país.

Desde el anterior proceso “imagológico” resulta complicado no asistir hacia el problema crítico que también nos conduce a pensar en una literatura del norte de México con respecto a una literatura del centro del país. Fenómeno que prefigura una taxonomía de otras dicotomías artísticas, literarias y culturales con criterios como: canon/contracanon; culto/popular; bueno/malo y desde donde el norte aparecerá muchas veces como el polo negativo.² Además, podemos percibir que los conceptos anteriores resemantizan constantemente -también- lo que puede entenderse como el “norte” mexicano.

De esta manera, nos atrevemos a afirmar que el resultado (aunque las intenciones procedan sin malicia) será que el “norte” quedará temiblemente estigmatizado. Signado en torno a algunos elementos “característicos” de los cuales le será difícil desprenderse y más aún cuando gran parte de esta crítica o asignación cultural (en el contexto nacional) procede o mantenga cierta hegemonía desde el centro del país. Lo anterior en clara referencia a lo que Ángel Rama exploraba en el concepto de “Ciudad letrada”.

Ahora, resulta también asombroso que uno de los protagonistas de esta tensión constante entre la visión centralista del país hacia el norte (urbe-campo; culto-popular; civilización-barbarie, centro-periferia) sea el importante filósofo mexicano: José Vasconcelos, una figura de importancia simbólica trascendental, pues representa la política cultural y educativa del México moderno y posrevolucionario. Es Vasconcelos, pues, una

2. Como ejemplo siempre será de relevancia analizar con lupa y precisión el multicitado además de polémico artículo “Balas de salva” de Rafael Lemus y publicado en la revista Letras Libres #81 de septiembre de 2005 en el volumen titulado: “La vida en tiempos del narco”. Dicho artículo sirve para ilustrar el papel que la crítica ha jugado para configurar dinámicas de lecturas hacia el norte de México como las que aquí describimos, pues Lemus no se ocupa sólo de la “narcoliteratura” -etiqueta ya de por sí ambigua, polisémica y críticamente problemática- sino del norte de México en general. Para lo anterior y como incentivo a su re/visión, sólo nos permitiremos citar un ejemplo: “La narrativa sobre el narco no escapa a la tentación sacralizadora. Dibuja *al norte* con demasiada tinta. Desea, aunque no lo pronuncie, construir una epopeya, una *épica de la frontera*. La tarea: demostrar *que el norte* es distinto al centro, que *la frontera* posee una identidad única, definida, aunque vertiginosa. El anhelo: probar que *allá arriba* es donde ocurre el país” (Lemus, apartado #5 párrafo 01) Las cursivas son nuestras y procuran destacar la dicotomía crítica –en general- de centro/margen que persiste en el debate del campo cultural y el campo literario mexicano.

impronta incómoda en la configuración de estas *images* polémicas que en México se han producido sobre el septentrión. Esto queda registrado a detalle por Andrés Fábregas Puig en su artículo: “Las imágenes centralistas del norte de México y la investigación antropológica” donde registra este preocupante testimonio:

Han transcurrido varias décadas desde que, en una mañana, en reunión que celebráramos en Querétaro los institutos de cultura del país, el subsecretario de Cultura de México afirmaba: “En el Norte no hay cultura. No existe comparación alguna con el Sur, lleno de cultura”. [...] Tal visión desolada fue divulgada en las primeras décadas del Siglo XX por José Vasconcelos, que con tranquilidad afirmó que la Cultura se termina después de La Quemada y aparece de nuevo hasta la ciudad norteamericana de Boston. Todo lo de en medio es “*no man’s land*”, la tierra sin humanidad, sin espíritu” (15).

Y el mismo Fábregas registra lo expresado directamente por Vasconcelos así:

Regresábamos una vez a Monterrey para compartir la gira de Villareal, para acompañar a Villareal por algunas aldeas de Nuevo León. De entre ellas, su propia tierra, Lampazos. A cualquiera de estos caseríos sin pavimento, ni tradición municipal se le llama entre nosotros ciudad. Lamentable y simpático es Lampazos, que bien pudiera pasar por pueblo típico de la frontera. Le falta a Lampazos, ya se ve, el lustre arquitectónico de las aldeas del interior de México. Quien haya recorrido la Sierra de Puebla, la Meseta de Oaxaca, ya no digo El Bajío y Jalisco, comprenderá en seguida la impresión del mexicano del interior cuando avanza hacia el Norte. Todo es barbarie. Mientras se llega a Nueva York, donde ya cuajó una cultura, distinta de la nuestra, pero al fin cultura. Entre estas dos civilizaciones, la española mexicana, que tiene por foco la capital mexicana, y la anglosajona, que tiene por núcleo a Nueva York y Boston, hay una extensa *no man’s land*, un desierto de las almas, una barbarie con máquinas y rascacielos en la región sajona; barbarie con imitación de máquinas y rascacielos en la región mexicana de Monterrey al Norte. (16)

A esta descripción desolada del norte mexicano, se suma esa supuesta, polémica o tergiversada cita hecha por el mismo Vasconcelos y que ha dado motivo a un sinnúmero de interpretaciones y debates, la cita en dos de sus versiones expresaría lo siguiente: a) “La civilización termina donde comienza la carne asada” o b) “Donde termina el guiso y empieza la carne asada, comienza la barbarie”. Contenido, en cualquiera de sus “versiones”, que hace una reconocida alusión cultural al norte de México y su característico gusto culinario por este estilo de cocinar. Una impronta, entonces que ha condicionado o legitimado tal vez y durante muchas décadas una forma especial -despectiva- de percibir en el imaginario nacional al norte del país. Desde todo lo anterior podemos comenzar a establecer algunos criterios por los que se ha intentado y se intenta cartografiar “la cultura norteña” para comprender que de tales nomenclaturas se pueden desprender algunos campos nocionales que a la luz de los estudios culturales

y estéticos contemporáneos nos ayuden a reasignar el papel del norte en la realidad cultural mexicana.

En primer lugar: sí es fundamental el papel del norte en el proceso revolucionario³ y parte de la cultura del norte se sigue revitalizando en la memoria de sus pobladores a través de la gran cantidad de corridos que tocan como tema central la gesta revolucionaria, pero de todo lo anterior no escapa en general el territorio mexicano completo, que asimila el corrido con sus matices particulares en distintas regiones del país, de lo cual se desprende que no es exclusivo del norte la idea reiterativa de violencia convulsa que se ve perpetuada por el corrido, sino que es propio de una gran parte México y de lo que también se desprende que el norte no sólo es costumbrismo, regionalismo, ni la imagen bucólica de un espacio agrario insoslayable.

En segundo, el norte no es un inmenso desierto y en esto haciendo claras referencias a las posibles connotaciones negativas que la palabra desierto pueda provocar en generalizaciones polémicas, pero aún sin dejar de valorar la enorme capacidad positiva y poética de lo desértico como tópico literario. De esto se desprende que cuando hablamos de caracterizar con un apelativo espacial y geográfico a la literatura “norteña” como “Literatura del desierto” resalta la obviedad que el norte de México está conformado por una diversidad fisiográfica que se compone por una variedad de relieves y climas que van desde: sierras boscosas, llanuras, desiertos, oasis, valles, praderas que se alejan por mucho de una idea desértica que se acompañaría, a su vez, de una inmediata idea de esterilidad, de espacio yermo y en un ámbito de lo siniestro: del propio infierno. Podemos verificar esta última connotación en lo que han proyectado del norte mexicano películas como: *El Infierno* (2010) del director Luis Estrada que desarrolla con claridad esta idea de configuración simbólica y espacial estereotípicas para el norte de México donde el tema central del narcotráfico se determina a través del uso de una variedad de prejuicios propios de una “narcocultura” que podríamos afirmar se encuentran ampliamente superados en la actualidad. También el reconocido escritor chileno Roberto Bolaño explora la analogía entre el desierto y el infierno en su novela: *2666* (2004) específicamente en “La parte de los crímenes” y desde la imaginada Santa Teresa en clara relación literaria con Ciudad Juárez.

Como tercer punto cabría repensar la idea de frontera o “Literatura de fronteras” porque esto nos remitiría a plantear la pregunta: ¿Frontera con respecto a qué? De lo que en el mismo tono se desprendería que resulta obvio que hablamos de una región donde la mayoría de sus estados (regiones) colindan con los Estados Unidos de Norteamérica o que guardan una relación estrecha con el vecino país del norte, pero a lo ante-

3. Para muchos historiadores la rebelión del pueblo de Tomochi –en Chihuahua– es considerada uno de los antecedentes de la Revolución Mexicana.

rior cabría replantear lo siguiente: el norte comparte frontera con los Estados Unidos de Norteamérica, pero esto es sólo una parte de la idea fronteriza en México porque: ¿No lo es también con Guatemala y con Belice? Por lo que la idea de “Literatura de fronteras” también podría problematizarse por obvias cuestiones territoriales, ya que la literatura producida por los estados del sur del país también lo sería. Sólo nos restaría –para este breve deslinde nocional– hablar de la categoría de: “Narcoliteratura” ¿Es todo lo que –recientemente– se ha producido en el campo literario norteco: “narcoliteratura”? ¿Se puede hablar de una literatura que escape al narco como tópico, tema o motivo principal? La respuesta también resultará obvia y corresponderá a que no todo en el norte es “narcoliteratura”, ni “narconarrativa”; además de que existen una gran cantidad de obras literarias que no asumen como tópico central el tema de la “narcocultura”.

De todo lo expuesto, podemos poner a consideración lo extremadamente esencialistas que resultan muchas de las aparentemente típicas imágenes con las que se intenta asir el imaginario del norte mexicano. *Images* y configuraciones que suelen darse por sentado, pero que suelen dejar de lado muchos otros desplazamientos y reasignaciones que han continuado perfilando una cultura característica del septentrión y desde donde se puede resaltar que existe una tradición/renovación que podemos asignar como “norteco” dentro de la que caben (por qué no) las características polémicas y problematizadas aquí, pero también muchos otros aspectos más. Es por esto por lo que el presente dossier se posiciona en la condición compleja -hasta necesariamente imposible- de asir las cualidades proteicas del norte mexicano. Un espacio crítico donde persiste la necesidad de replantearlo como eje simbólico para continuar debatiendo las crisis que vulneran a sus sociedades y así generar pensamientos claros capaces de incidir en sus realidades y contextos.

Chihuahua, 06 de diciembre de 2019.

Bibliografía citada

Fábregas Puig, Andrés. “Las imágenes centralistas del norte de México y la investigación antropológica.” *La investigación antropológica y la formación profesional en el norte de México*. Edición de Mónica Sofía Iturbide Robles. Escuela de Antropología e Historia del Norte de México, México, 2013.

Lemus, Rafael. “Balas de salva.” *Letras Libres*, Año VII, n° 81, México, Sep. 2005, pp. 39-42.

Vasconcelos, José. *La tormenta*. Botas, México, 1948.